

des de una estructura teleológica: el progresivo camino de la poesía desde lo accesorio hasta la realización de su esencia. «Pero una tradición no tiene por qué correr sólo a través de determinados lechos» (p. 97), escribe el poeta en *Anotaciones*. Aún más, jugando con la definición extensional de la palabra «poesía» y mostrándonos cómo funciona la lógica de la exclusión, Cadenas toma una cita de Mondriani y la somete a la prueba de la ironía:

Hoy, en la ausencia de Dios, la poesía pareciera convertirse en una misteriosa conservadora y guardadora de los misterios de la vida y de la muerte» (Delfor Mondriani). ¿Cuál poesía? Tenemos que inquirir. Mucha de la que leo está lejos de semejante tarea. Sería mejor usar la palabra poesía con precisión (la poesía de), lo cual de paso pudiera ahorrarnos inconvenientes (p. 112).

Que la cita aquí comentada aluda específicamente a los vínculos entre poesía y religión, no es, en verdad, casual, pues el momento culminante de la crítica cadeniana en *Anotaciones* es justamente la ruptura del poeta con una visión sacralizadora de la poesía. En efecto, este divorcio, que representa la piedra de toque en la evolución reciente del pensamiento de Cadenas, merece que se le preste una singular atención, sobre todo viniendo de quien viene. Y es que nadie ignora que la obra de Cadenas encarnó, como pocas en Venezuela, una idea de la poesía como correlato de la mística y, por ende, como puerta de acceso a un conocimiento extático que se situaría más allá de nuestra experiencia sensible. El poeta de *Intemperie* (1977) y de *Memorial*, fue leído y releído desde esta perspectiva por toda una generación que, en la década de los setenta, adoptó el género del poema breve y a menudo titubeante, súbita iluminación de otra realidad superior. La extraña conjunción o, mejor, la amalgama entre la herencia de la poesía mística española y la popularización de las enseñanzas del taoísmo y del budismo, entronca, en aquel entonces, con la corriente especulativa que, desde el romanticismo, postula una interpretación esencialista de la actividad poética. En el libro ya citado, Schaeffer analiza cómo, ante la crisis del paradigma religioso, la poesía moderna se ve llamada a cumplir precisamente una función de compensación y adquiere, de esa suerte, un aura trascendente. Y la compensación, claro está, marcha al unísono con la sacralización, ya que lo poético toma el estatuto cognoscitivo de una búsqueda de las verdades primordiales, es la ruta hacia un absoluto inaccesible e irreductible a cualquier forma alterna de conocimiento humano<sup>4</sup>. No es otro el fundamento último de ese ámbito exclusivo de la poesía tan criticado por Cadenas y que, durante casi dos siglos, traduce una honda fractura ontológica. Pues un

<sup>4</sup> Schaeffer (1992), pp. 87-170 et passim.

buen sector de la literatura moderna hace suya la idea de que existen, en el fondo, dos realidades: aquélla a la que el hombre común tiene acceso en su experiencia diaria y la otra, la más auténtica, la que sólo se le revela al poeta. No hace falta subrayar dónde se ubican los signos positivos y negativos a lo largo de esta línea divisoria. La devaluación estética de todo lo que toca a los aspectos cotidianos de la existencia es aún lo suficientemente palmaria como para hacer superfluo un comentario. La otra cara de la moneda es una concepción de la poesía como un coto cerrado e incluso «oculto», en los varios sentidos de la palabra, a la manera de una actividad autotélica y reflexiva cuya función la dota de un lenguaje propio y, por supuesto, de una realidad aparte: el más allá donde la palabra transcribe el verdadero ser de las cosas.

La reacción de Cadenas contra esta visión sacralizadora que, como tantos otros escritores, también él hizo suya, puede observarse ya, claramente delineada, en algunos fragmentos de *Anotaciones*. El libro de 1983 no deja de ser, en tal sentido, una referencia decisiva<sup>5</sup>. Sin embargo, hay que esperar hasta 1985, fecha en que se publican los ensayos de *En torno al lenguaje*, para descubrir la afirmación plena de que este cambio de ontología representa una profunda división de las aguas dentro de la obra del poeta. Así, refiriéndose a su producción ensayística anterior, Cadenas escribe en el prólogo:

En aquellos escritos yo trazaba fronteras. En estos últimos años dejé de hacerlo. Hoy veo todo envuelto por el misterio y no sólo la dimensión que trataba de destacar. ¿Qué diferencia existe, por ejemplo, entre un árbol, un deseo, una palabra? Todo, absolutamente todo, forma parte de la realidad, que es, en última instancia, desconocida. Pero siendo desconocida nos constituye, es nuestro fondo, por lo que también le pertenecemos, lo cual nos confiere una dignidad que no percibimos ni tampoco solemos honrar, pues ¿cuándo la tenemos presente con fuerza decisiva?

Si un árbol es un milagro, no lo es menos un deseo, una palabra. ¿Por qué habríamos de otorgarle un puesto mayor al árbol? ¿Porque no está «contaminado» por el yo? ¿Porque es trasunto de lo desconocido? ¿Quién nos autorizó para establecer divisiones? ¿No es falta de humildad hacer afirmaciones sobre lo que es o no es real?

<sup>5</sup> Cf., por ejemplo, el fragmento de la página 42: «'La verdadera vida poética es la vida corriente de todos los días' (The true poetic life is ordinary every day life, R.H. Blyth, Zen in English Literature and Oriental Classics). La frase podría servir de punto final a toda una historia, la de una poesía que pretendió constituirse en mundo autónomo, una poesía poco religiosa, una poesía que no vio nunca la insondabilidad del mundo real, corriente, ordinario, ese mundo que un cambio de mirada puede hacer centellar, pues un grano de arena es tan asombroso como un sol; ambos pertenecen al misterio. Tal poesía, que aún señorea tanto, está hecha por hombres que establecen distinciones entre 'cenar y leer poesía, entre lo real y lo ideal' (eating your dinner and reading poetry, between the real and the ideal). Platón sigue en pie. Es evidente que al ser postulada esa su dualidad, lo real queda desvalorizado».

Todo pertenece a una misma dimensión, todo o nada. Así, comencé a recuperar lo que la poderosa dialéctica de los místicos me había arrebatado. De paso: ellos, que propugnan el silencio, no parecen contar entre sus muchas abstenciones, las verbales.

Es extraño que para acallar la mente haya que usar tantas palabras.

Digo esto con el mayor respeto, pues mi deuda con los místicos es inmensurable (pp 8-9).

No creo errar si digo que, en este punto de ruptura, en esta crisis de conciencia, se inicia la «otra» obra poética de Rafael Cadenas, una nueva aventura cuyo mejor testimonio es, por de pronto, el libro *Gestiones*. En él y en la recopilación de fragmentos que se publica simultáneamente el mismo año, *Dichos* (1992), se evocan muchos de los temas ya tratados en *Anotaciones* e incluso en algunos de los ensayos de *En torno al lenguaje*; pero esta vez se les enfoca desde la perspectiva de aquel que mira hacia adelante y trata de recorrer el mapa imaginario de una poesía por venir. En otras palabras, Cadenas comienza a llevar a la práctica de la escritura un concepto renovado de lo poético y define, con él, una búsqueda inédita dentro de su trayectoria. Una breve nota de *Dichos*, parece describir el nuevo camino: «Casi todas las místicas se fundan en la negación de lo que existe. ¿No es posible una *espiritualidad* terrena?» (p. 55). En mi sentir, es esta idea de una *quête* espiritual pero ahora arraigada en el misterio de lo más inmediato, en nuestra contingente «terredad», como diría Eugenio Montejo, lo que constituye el horizonte actual de la poesía de Cadenas. Incontestablemente, no pocos poemas parecen ofrecernos, en *Gestiones*, una versión menos optimista de tal poética y, en general, del probable futuro de la poesía. Baste recordar las líneas de «Moradas» que citaba en un comienzo o acaso ese otro texto que compara al poeta con el albañil y que se intitula «Tal vez algo queda en pie» (p. 81). Sin embargo, no es menos cierto que la ironía cadeniana puede tratar, con distancia y con mucho humor, la cuestión de lo poético. Sirva de ejemplo el poema que se titula «Al lector» y que encabeza, en el libro, la sección «De poesía y poetas».

Los que hacen las reglas  
no quieren que hablemos  
nosotros  
sino  
las palabras.  
Desean  
hacernos desaparecer  
de la página;  
pero no nos resignamos.  
Somos viejos actores (p. 71).

Más allá de la risa o de la sonrisa que estos versos suscitan, quizás habría que subrayar cómo el poeta que, allá por los años setenta, denunciaba el imperio del «yo», se reconcilia aquí con las virtudes de la subjetividad, a través de su rebelión contra el dogma de una poesía impersonal. No es éste, evidentemente, el único cambio que se observa en *Gestiones*. En el libro, Cadenas le resta preeminencia al tema del silencio, da un lugar cada vez mayor a la prosa, recupera los colores de la oralidad, recentra su discurso en la vivencia diaria y, en fin, trata de ser fiel a una magia cotidiana. Pero tal vez nada describe mejor su transformación que la celebración del erotismo y del cuerpo en los poemas intitulados «Donne» (p. 99) y «Rubens» (p. 101), breves homenajes a los dos maestros barrocos. Si se les compara con el tratamiento pronunciadamente místico del tema amoroso en *Amante* (1983), es claro que, con ellos, el poeta nos propone el más alto símbolo de su nueva visión: la espléndida imagen de una palabra humana encarnada en el deseo. Valga la cita del primero de los dos textos.

El gran visitador de señoras (great visitor of Ladies)  
desiste.  
Una sola ocupará su vida  
canonizada en adelante por esta conjunción.  
La carne no ha conocido más exaltados tributos.  
El cuerpo, ese gran príncipe,  
volvió a relucir en las palabras (p. 99)

Por lo que respecta a la meditación sobre el arte de la poesía, no pocas páginas de *Gestiones* acompañan esta revolución del universo cadeniano. «No hay diferencia entre lo ordinario y lo extraordinario» (p. 22), escribe el venezolano en *Dichos* y, en el libro de poemas, consecuente, define su labor como «algo humilde pero necesario» (p. 79), como la búsqueda de «esa demasía: lo simple» (p. 49). El poeta es así «apenas / un hombre que trata de respirar / por los poros del lenguaje» (p. 75), un observador cuya atención a lo más inmediato le lleva a vivir «de amanuense asombrado» (p. 55). No habría que tomar, empero, muy a la letra estos votos de pobreza y de humildad a los que Cadenas ya nos tiene acostumbrados. Pues el reverso de la medalla es una soberana reivindicación de los poderes expresivos de la poesía, que, rompiendo con el tema del silencio, se articula en tomo a otro tópico bien arraigado en el discurso del poeta: el tópico de la percepción. «Si miras bien, con ojos desusados —se lee en *Dichos*—, no conoces ni conocerás lo que te rodea» (p. 61). Y, en tres versos de *Gestiones*, el autor insiste: «Todo ocurre / en los ojos / acogedores» (p. 33). Al igual que los famosos votos, repitámoslo, el tema del subjetivismo tampoco es nuevo, pero ahora resuena sobre el trasfondo de la ruptura con la doble ontología especulativa y se vincula al intento de